

Cristina Amenedo es encarnación viva de la poesía; lleva en la sangre la pasión de expresar la belleza en páginas de singular encanto. Los niños, las criaturas desvalidas, los hombres buenos... la atraen e incitan a describirlos —es decir, a cantarlos— y a describirse a la vez, pues si las palabras son instrumento de revelación tanto sirven para declarar al revelado como a quien lo revela.

Si la poesía tiene en este país escasa resonancia, la poesía en prosa apenas encuentra auditorio. Se diría que el lirismo está reñido con las premuras y las presiones de la vida actual, cuando en él encontraría un remanso de paz el cansado por tanto vano ajetreo. Cristina Amenedo ha escrito poema en prosa en *La niña Saral* y *Dadín Abe-lar*, libros deliciosos en los que el lector puede gozar toda la dulzura y la melancolía de la vida.

Y ahora, atraída Cristina por la figura de un varón ejemplar, Jerónimo Emiliani, vierte en páginas muy delicadas las impresiones de su encuentro con esa alma pura en que la suya quiere reconocerse. Pese a la distancia en tiempo y espacio se siente cercana del santo, y anula la lejanía haciéndole vivir en los capítulos de un libro admirable, libro colmado de sinceridad, de entusiasmo y de belleza.

RICARDO GULLON

*Cristina Amenedo*

## JERONIMO EMILIANI



UN SOMASCO DIVINO



Cristina Amenedo nació en San Martín de Porto. Un pueblecito de la Galicia de España. Es profesora de E.G.B. Con estudios de Filosofía y Letras. Y de Psicología Diferencial y Aplicada. Se le conoce literariamente como «la gallega Sorli». Ha obtenido por tres veces el Premio Manos Unidas (Campaña contra el Hambre en el Mundo), premio otorgado a sus tres excepcionales artículos publicados en El Ideal Gallego, de La Coruña. Ultimamente, su trabajo «Bajo el tamarindo negro», obtuvo asimismo de Manos Unidas, Mención Especial y Honor. Cristina Amenedo es también Premio Juan Ramón Jiménez por su trabajo «Juan Ramón Jiménez, ruiseñor universal», dedicado al poeta de Moguer en su centenario. La escritora gallega es Lauro Tanit por su personalidad poética y conferenciante.

Autora de un bellissimo libro de poema en prosa, la niña Saral, considerado en Goteborg (Suecia) como el Platero de las letras femeninas y como el libro de poemas en prosa más bello e importante publicado en los últimos quince años. Ha publicado también «Mar abierto», libro de versos en lengua gallega y

JERONIMO EMILIANI

Un somasco divino

CRISTINA AMENEDO

JERONIMO EMILIANI

Un somasco divino

*A Orestes Caimotto, somasco italiano fraterno  
que ama a España.  
Con mi gratitud y mi cariño de española.*

ISBN: 84-398-5644-X Depósito Legal: C - 1.296 - 1985  
Gráficas do Castro/Moret - O Castro - Sada - A Coruña. 1985

## DOS PALABRAS PARA TI, LECTOR AMIGO

Lector amigo: Vas a entrar a las páginas donde palpita poéticamente una vida humana excepcional. Una vida heroica, ardiente, bellísima. Una vida santa. La vida de Jerónimo Emiliani, noble patricio veneciano de acrisolada santidad alta y fulgurante.

Yo sé, lector, que siempre, en la expresión de estas existencias nobilísimas, la pluma queda sobrepasada por la figura deslumbradora. Pero yo no he pretendido aquí escribir un libro hagiográfico. Ni siquiera simplemente biográfico. No. Lo que yo he querido hacer es un encendido canto al espíritu, a ese espíritu que tan en alto llevó por la tierra Jerónimo Emiliani, puesto que éste, sin haber sido sacerdote, fue el verdadero somasco por antonomasia; ya que, somasca es su raíz, somasca es su esencia, y somasca, en fin, su altísima espiritualidad. Jerónimo Emiliani es, pues, un somasco a lo divino.

Y he querido tan sólo resaltar que ese santo glorioso que fue seglar como un laico cualquiera; ese santo, supo poner en práctica en este erial terreno la bellísima religión del corazón. La religión absoluta que fundó el Galileo cuando bebió aquella agua junto al pozo de Jacob, aquella agua ofrecida a un judío por la samaritana de Balata.

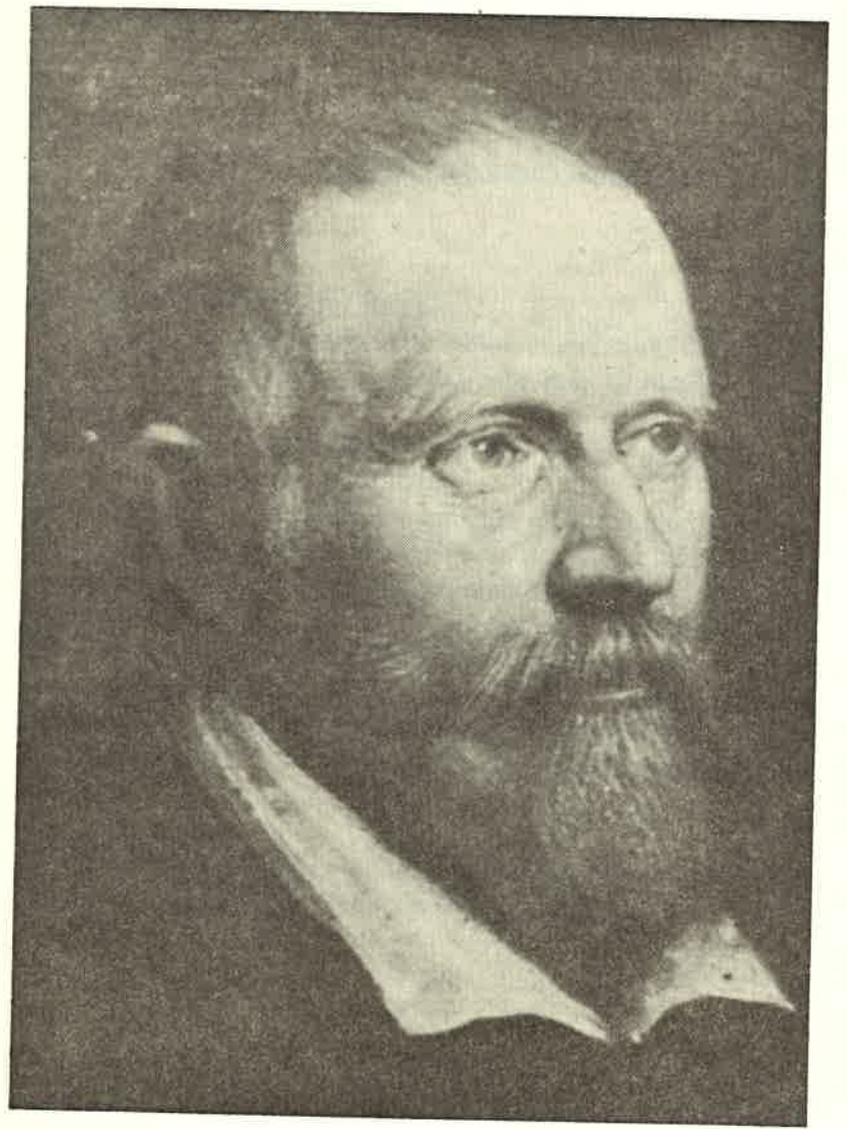
Esa religión, esa fraternidad humana en su sentido universal y hermosísimo, se desprendió siempre, como una rosa permanente e inmarchita, del rosal del corazón extraordinario de Jerónimo Emiliani. El espíritu santo y purísimo se cierne, deslumbrante, sobre esa alma que ha extralimitado las cimas naturales de lo humano. Y ese sublime instinto de perfectibilidad, ese excelso coronamiento de la obra del santo que hace terminar el proceso de ascensión con la llamarada del espíritu; esa idealidad de su vida, ese heroísmo en la acción, esa noble inspiración del pensamiento; todo eso y solamente eso, es lo que cruza la historia de este libro entonando su canción melodiosa para animar a los que trabajan y a los que luchan por libertarse rompiendo los lazos materiales y volviendo siempre al centro de la lumbre divina.

Este libro quiere sencillamente ofrecer la grandiosa perspectiva del espíritu de Jerónimo Emiliani. De un espíritu que alcanzó más allá de las cumbres y los mares. De un espíritu que, cuando sea pronunciado su nombre, ha de iluminarse para la posteridad toda una jornada de la historia humana y todo un horizonte del tiempo. Pues en ese espíritu hay algo que flota por encima de la muchedumbre. Ese espíritu es como una lámpara que acompaña en la noche la soledad de la vigilia inquietada por el pensamiento y en cuya vigilia germina la idea que ha de surgir al sol de un nuevo día convertida en la fuerza que congrega y conduce a las almas.

C. A.

A JERONIMO EMILIANI, con humildad.

En este quinto centenario de tu nacimiento,  
Jerónimo Emiliani, somasco divino y santo  
excepcional, quiero rendir ante ti, con humildad,  
mi emocionada pluma de poeta.



## YO TE SALUDO, JERONIMO EMILIANI

Yo te saludo, Jerónimo Emiliani.

Te saludo en nombre de los niños huérfanos, de toda la juventud abandonada; de todos esos que tú amaste tanto, tanto.

Te saludo en nombre de los pobres, de los desheredados, a los que diste caridad y amor.

Te saludo en nombre de las rabizas desdichadas a las que recogiste, perdonaste y encaminaste por las sendas nuevas.

Te saludo en nombre de los enfermos apestados a los que cuidaste y enterraste cuando Venecia, tu natal ciudad, cayó bajo la plaga de aquella aterradora peste negra.

Te saludo, Jerónimo, Cabeza Sabia, como te apodaron.

Te saludo en nombre de la Iglesia por cuya reforma peleaste para volverla a la alta pureza de los primeros caminos galileos.

Te saludo, santo.

Y pongo para ti sobre la tumba, en tu italiana tierra de Somasca, un ideal brazado de lirios amarillos.

UN SOMASCO DIVINO

## I

### HACE QUINIENTOS AÑOS, EN VENECIA

Hace quinientos años. Era el 1486. Cuando Venecia, la perla del Adriático, en aquel día que iba a nacer un veneciano excepcional, brillaba con una luz esplendorosa y nueva que caía dulcemente sobre las cosas y sobre los seres como si fuera la música, hecha color, de una purísima arpa atenuada.

El sol, dios del fuego, doraba todas las singulares calles de la ciudad, pavimentadas de agua. Doraba los encristalados palacios callados y simétricos, de insuperable filigrana, entre los que resaltaba el Gran Palacio Ducal, el palacio del Dux de la Serenísima República de Venecia en cuyas torres, ondeando al viento alegre y matinal, lucía la enseña que llevaba bordado el escudo con el león alado de San Marcos. De este San Marcos que da su nombre a la augusta basílica impresionante. Y a la plaza, la piazza de San Marcos, una de las más hermosas plazas del mundo revolada sin tregua por cientos de blanquísimas palomas que zurean bajo el tibio sol ancho y abierto.

¡Qué delicia! Todo el oro del sol refulge sobre las aguas quietas del Gran Canal, sobre las playas del Lido, sobre los bajeles airosos que llegan de Siria y de Egipto cargados de especias, de sedas, de gemas, de perlas; sobre las góndolas esbeltas y pimpantes que señorean bellamente las rumorosas aguas de la véneta ciudad. Sobre toda Venecia esplende el sol en aquel día gozoso del nacimiento de un veneciano nuevo. Y así, dorada por una luz única y transfiguradora, se aparece la bellísima Venecia como lo que es: una Ciudad de Oro.



## II

### TODA VENECIA ERA UNA FIESTA

En aquel día del año de 1486, para los esposos Angel Emiliani y Leonor Morosini, ambos de noble estirpe, toda Venecia era una fiesta. Y los corazones de la familia Emiliani exultaban de gozo ante el nacimiento de un nuevo hijo. Brincaban de leticia al igual que las campanas del bello campanile de San Marcos. De aquellas campanas altas y entrañables de la Marangona, que llamaba a los obreros y artesanos; de la Mezza-Terza y la Trottera, que convocan a los senadores para sus reuniones en el Gran Consejo; de la Nonna, que canta alegremente al mediodía; y de la Rialtina, que se despide marcando el toque de queda.

Los cantarines sonos de las campanas se metían en el hogar de los esposos Emiliani con un sonido distinto del habitual. Un sonido risueño y claro como la luna nueva. Como esa luna que, al caer de la noche, se abrió en el cielo como una magnolia blanca e inundó con su luz plateada las multicolores baldosas del portalón de aquella casa número 52 de San Vitale, junto al puente Vettori, donde acababa de nacer un niño.

Al padre, Angel Emiliani, senador de Lepanto y noble miembro de aquel Gran Consejo, le susurró al oído el viento de Venecia una leyenda afirmadora de que el niño, allí recién nacido, sería como la propia ciudad natal que lo acogía: un niño de oro.

### III

#### EL NIÑO RECIEN NACIDO

La luz dulcísima del día veneciano se filtra a través de las policromadas vidrieras de aquella hermosa casa de San Vitale. Y cae blandamente sobre los cuadros, sobre los tapices, sobre los cofres esculpidos en madera, sobre el reloj de arena cuyos granos finísimos rebrillan en áureos reflejos tornasolados.

Una cimbara de sol ilumina la cuna del niño y se pandea suavemente sobre el cuerpecillo del recién nacido, cuerpecillo breve como una ola. Se llamará Jerónimo, Jerónimo Emiliani. Un entrañable corro fraternal contempla embelesado al hermanito que duerme. Son sus hermanos: Lucas, el primogénito, Carlos y Marcos. También está Cristina. Cristina es la mayor. Es la hija de unas primeras nupcias de Angel Emiliani con una joven noble de la familia Tron. La madre de Cristina, muerta, fue sustituida por Leonor Morosini en el joven corazón de la muchacha a la que Leonor amaba como a hija propia.

Leonor Morosini contempla con íntimo alborozo el delicioso cuadro unido y fraterno que bien pudiera servir de

pintura ideal a fra Angelico, el que pintaba el cielo de rodillas. Paz. Silencio. Y un llanto suave y persistente del recién nacido que nos indica ya, desde la cuna, la real existencia de las lágrimas.

#### IV

#### APRENDIENDO AMOR DIVINO

Jerónimo era un niño precioso, despierto, con unos ojos grandes y luminosos de mirada dulce y penetrante. Poseía un corazón sensitivo y vehemente, apasionado. Y un alma intrépida y leal, ignorante de miedos y cobardías.

Cada día, el pequeño Jerónimo es llevado por su madre a la Basílica de San Marcos o Basílica de Oro. El niño contempla maravillado todo el arte esplendoroso de aquel templo. Y siente así sobre su alma ingenua, la quemadura ideal de la belleza. Se fija Jerónimo en aquellas bellísimas arca-  
das y columnas, en aquellos mármoles de Ravena y Proconeso, en aquellos admirables pórfidos, en aquellos deliciosos portadores de ánforas, en aquellos múltiples mosaicos arábigos y bizantinos... ¡Cuánta hermosura! El niño siente un infantil orgullo legítimo de alegre veneciano ante aquella riqueza artística y deslumbradora. Se queda mirando, embobado. Pero su madre, Leonor Morosini, le enseña a rezar, día tras día. Repitiéndole siempre como una amoro-

sa cantinela: «Aprende, hijo, a ser primero, cristiano; luego, veneciano». Y el niño reza. Y abre su alma pura a lo infinito. Un día tras otro. Siempre. Aprendiendo amor divino.

## V

## HUERFANO

Cae la tarde de un día desolador. Y en la góndola viene una carga misteriosa y extraña. Una especie de baúl con un hombre dormido para siempre. Va cubierto con un negro paño funeral decorado con un león sollozante que sostiene en su mandíbula una antorcha boca abajo. Es el cadáver de Angel Emiliani, el senador, el padre. Fue encontrado muerto en la escalera del puente Rialto. Ahorcado. ¿Acaso una vendetta de los bravi o espadachines de alguna banda pagada y secreta, fatídica rival del senador? No se pudo desvelar el trágico misterio.

Jerónimo conoce en cuerpo y alma el inmenso dolor, la ineludible ausencia, el frío desamparo. Que la muerte, esa implacable maestra de la vida, esa impar disgregadora, pone en su tierno pecho de diez años un tristísimo cartel: Huérfano. Y así, huérfano, ya irá por siempre en esta dura milicia de la tierra. Así, compadeciendo y amando ya por siempre a todos los niños huérfanos como él, a todos los niños huérfanos del mundo. Mientras, a su lado, Leonor

Morosini, la madre, le dará un altísimo ejemplo permanente de cómo debe sufrirse con resignación y con valor. ¡Qué tanto puede para un alma la apasionada fe cristiana que predicó el sublime Nazareno!

## VI

### JERONIMO ES PRESENTADO ANTE EL DUX

El día primero de diciembre del año 1506, Leonor Morosini presenta a su hijo Jerónimo ante el Dux. Declara que el muchacho ha cumplido ya los veinte años. Es una ceremonia emocionante. Jerónimo, vestido con la toga violeta y como ya miembro de la alta nobleza del Gran Consejo, puede figurar como candidato a la magistratura más alta. Sus rasgos viriles y nobles, distinguidos; su porte sereno y elegante, hacen que muchos le envidien y le admiren. Y le vean incluso con el título de Serenísimo, convertido en dux. En ese dux que cada año, en el día de la Ascensión, celebra sus bodas con el Adriático. Unas bodas venecianas, únicas en el mundo: A bordo del Bucentauro, ricamente decorado, viene el esposo, el dux. Con su manto de oro y armiño. Le acompaña el patriarca de Venecia que le pone en el dedo el anillo nupcial. El dux arroja ese anillo a las aguas adriáticas, a la mar, diciendo: «Te desposamos, ¡oh, mar!, en señal de verdadero y perpetuo dominio». La esposa, la mar,

se agita blandamente en un leve jadeo de sus aguas verdeazules. Y todos los venecianos contemplan encantados la belleza marina de la esposa pura y sosegada, la mar adriática encaimada y luciente.



## VII

### CASTELNUOVO

Es el mes de enero de 1511. Jerónimo Emiliani tiene veinticinco años. Sale entusiasmado de Venecia. Para hacerse cargo, como alcaide, de la fortaleza de Castelnuovo de Quero. Un castillo en medio de un terreno desértico, cercado de montañas. Tierra Dura llaman a aquel paraje árido y rocoso, erizado de cañones para su defensa. Las rumorosas aguas del Piave lamen sin cesar la pétrea fortaleza de Castelnuovo. Cae la nieve sin tregua como una blanquísima lluvia de copos silenciosos.

El nuevo alcaide, Jerónimo Emiliani, va dispuesto a defender aquella plaza hasta con la propia vida. Que no en vano su madre, Leonor Morosini, le ha inculcado el sentido indeseable del deber, del honor. «No olvides nunca, hijo, el ser digno de nuestra casa y nuestro escudo» había sido la consigna materna. Un escudo, el de los Emiliani, dividido en dos cuarteles: El superior, pintado de azul, con una espiga de mijo; y el inferior, pintado de blanco, con tres listas rojas horizontales y tres espigas de mijo también.

Y sabe Jerónimo que acaso en Castelnuovo deba poner a prueba su lealtad a Venecia y su intrépido valor de alto patricio veneciano. Ya que en el pasado diciembre de 1508, se ha firmado la Liga de Cambrai. Y Luis XII ha enviado un mensajero al dux declarando la guerra a Venecia. Todos los hermanos de Jerónimo se encuentran en el campo de batalla. Todos se baten con gallardía, heroicamente. No hay duda que aquellos Emiliani son de una altísima estirpe leal. Jerónimo, el benjamín, no será menos leal ni menos valiente que todos sus hermanos. Que el joven alcaide de Castelnuovo posee un corazón purísimo de fuego; un corazón donde se funde su alma que sale del crisol para ser troquelada en el divino molde de todos los espíritus sublimes.

## VIII

### BATIRSE EN CASTELNUOVO

Sigue corriendo el 1511. Amanece. Es un día cálido del mes de agosto. El día 26. Jerónimo Emiliani, el alcaide, aguarda ya el asedio de las tropas enemigas. Sabe que el propio dux tiene a sus hijos defendiendo Venecia en el campo de batalla. Se presiente en el aire la lucha. Un silencio terrible y especial se palpa ya, casi de modo tangible. Igual que se adivina la cercana tormenta presta a estallar en breves relámpagos y truenos retumbantes. Huele a temor. Y a guerra.

De pronto, llega el asalto. Y en medio de un sol agobiador, las bombardas y los arcabuces ponen su estruendo infernal y caótico. La fortaleza resiste heroicamente. Con su jefe y alcaide, a la cabeza. Los combatientes arrecian su furor. Huele a azufre, a pólvora, a sudor, a sangre, a muerte. Se agotan las municiones de los defensores. Las brechas se agrandan en los muros. Jerónimo Emiliani blande su espada hasta el final. ¡Esfuerzo vano! Los asaltantes gritan su victoria y arrancan la bandera de San Marcos de lo alto

del torreón. La plaza se ha perdido. Y el alcaide, joven y valiente, es injuriado, ultrajado. Es un vencido. Un prisionero que bajará, cargado de grilletes, a una fría y solitaria mazmorra de aquel propio castillo. ¡Qué así es, de voluble y efímera, la gloria de los hombres!

## IX

### EL PRISIONERO DE CASTELNUOVO

El espíritu de Jerónimo Emiliani era un espíritu libre, leal, independiente. Ahora, ese espíritu se veía amarrado, traicionado por los suyos con la cobarde huída del comandante Battaglia y del capitán Rimoldi al frente de sus soldados, se veía sometido. Aquello era para el prisionero una tortura indescriptible, apenas soportable. ¿Qué se había hecho de su libertad, de su lealtad, de su independencia? ¿Qué, de su juventud soñadora y gallarda? ¿Qué, de su alto prestigio de Emiliani y Morosini, noble estirpe? ¿Dónde, los días dorados como espigas maduras, los días áureos de su pujante Venecia natal? ¿Dónde, la luz, el canto, la alegría? ¡Ah, mísero mundo engañoso y cruel!: Eres un vano espejismo, una embustera ilusión, una Fata Morgana despiadada —se decía.

Y el prisionero, sucio, hambriento, encadenado, sepultado en tinieblas, acuchillado por el frío, herido sin remedio en el alma, meditaba. Solamente amparado por el manto de la noche suave de septiembre que él soñaba plácida y estrellada, oscuramente hermosa. Y el alma purísima y sin-

cera de aquel noble patricio Jerónimo Emiliani, sufría de todos los terrenales desengaños, como si aquí en la tierra no hubiese ya para él ni una bella luciérnaga de brillo y de ilusión. Su corazón entero hervía. Se desbordaba. Se vaciaba. Y se llenaba, en medio del sombrío calabozo, de una sangre nueva, diferente, divina.

**X****EL INSTANTE TRIUNFADOR**

En nuestras vidas hay instantes que pasan indiferentes. Otros, nos clavan en el corazón sus espinas punzadoras. Pero hay otros instantes altos y decisivos que iluminan por siempre la existencia y lucen en nuestra vida y en nuestra obra como la cima radiante del camino vital. Pues ese instante triunfador de todo lo existente, había llegado aquella noche para el preso excepcional de Castelnuovo.

Era la noche otoñal y suave, noche 27 de septiembre de 1511. Un frío silencio sepulcral descendía sobre la muda fortaleza. Apenas se escuchaba ni el rumor cariñoso y ondulante de las aguas del Piave. Jerónimo Emiliani, el prisionero, se encuentra totalmente desasido de las cosas de la tierra. Piensa en que le aguarda allí mismo, la muerte. Concentra su alma en Dios. Y a El, somete toda su voluntad. Adquiere entonces cómo un *saber especial*, un raro conocimiento que le alumbraba, le ilumina. Confundida su alma con lo Alto, experimenta una emoción desconocida, inexplicable. Y reza de rodillas. Y llora como jamás lloró, doblado por un inefable sentimiento dulce como la miel hiblea. Im-

plora a la Madre de Dios, suplica ardientemente. ¡Quiere ser libre, libre! Y si lo es, promete, consagrará su vida entera al servicio del Señor e irá descalzo y de saco vestido en gratitud a la dulce Madonna de Treviso. El corazón de Jerónimo late con un latido inigualable. Algo va a suceder, maravilloso. Un santo va a nacer, allí mismo. Es el instante. El instante triunfador. Un puro alumbramiento. Ahora. La Madonna le ayuda. Y Jerónimo avanza a través de pasillos y corredores, con el cuerpo pero sin el cuerpo. Parece que han nacido alas a sus pies. Y atraviesa, como volando en una levitación misteriosa, las brechas y los muros. Corre. Corre sin detenerse, impulsado por una fuerza sobrenatural. Corre a través de la oscura tiniebla de la noche hasta llegar a las puertas de Treviso. Aquí, se calma, tras haber recorrido cuarenta y cinco kilómetros. La trevisana ciudad está defendida por los venecianos. Ya no hay peligro.

El prisionero, demacrado, con el cabello largo, larga barba descuidada, ojos hundidos, sudoroso, polvoriento, famélico, está irreconocible. Parece un resucitado. Ha resucitado. Ha triunfado de una muerte segura y ha vuelto a la vida. Y en su pecho valiente y leal, arde, con un fuego sobrehumano, la promesa ideal de consagrarse enteramente al altísimo servicio del más alto Rey del universo, al servicio de Aquel maravilloso que holló el mundo con la mártir sandalia. El purísimo corazón de Jerónimo Emiliani arde ya con una llama nunca vista, una llama inquemada: la llama de su amor al dulcísimo Rabí de Galilea.

## XI

### EL CONVERTIDO

A partir de aquel instante triunfador de Castelnuovo en que Jerónimo alcanzó la deseada libertad, el noble corazón ardiente del patricio veneciano se hallaba totalmente trastornado por un amor divino, por un ansia mística de entrega altísima y sobrenatural. Los soldados del dux han tomado la fortaleza de Castelnuovo. Y Jerónimo Emiliani retorna como alcaide a los dominios de su antigua prisión. El castillo se engalana, empavesado todo para el recibimiento y la llegada del héroe. Las banderas y gallardetes ondean alegres al viento claro de la rubia mañana. Y el estandarte de San Marcos se despliega de nuevo en lo más alto del bello torreón. Todo aguarda, en resol de aureola, la vuelta del alcaide, del patricio. Jerónimo llega. Y benévolamente, se complace. Pero su espíritu no atiende ya a los fastos vanidosos del mundo. Su corazón va lleno de otra más alta y primorosa gloria. Y su alma, desbridada, vuela por las lindes infinitas; por esas lindes que trazó, con un inmenso

amor a toda la doliente Humanidad, aquel indescriptible Galileo. A El, ofrece Jerónimo todo el alegre homenaje de músicas y banderas. ¡Sean para el Soberano Capitán, las risueñas canciones que canta para su Dios, el convertido!

## XII

### EN LA SOLEDAD DE CASTELNUOVO

Aquí, en esta aislada fortaleza de Castelnuovo, empieza para Jerónimo Emiliani una larga etapa de silencio hondo y meditativo, de reflexión y penitencia, de soledad. ¡Cuántas veces apoyando sobre su mano diestra aquel viril mentón de noble veneciano semeja mismamente El Pensador, de Rodin! Y mirando por las noches al alto firmamento abierto y estrellado, aquel convertido pensador musita para sí mismo: «Piensa, alma, en la vida que es la muerte. Piensa, alma, en la muerte que es la vida». Y su alma entera vuela y se derrama por las mil enramadas profusas del rosal quemante de su corazón que arde con un dulcísimo fuego divino. «¡Oh, llama de amor viva, qué tiernamente hieres!».

Jerónimo lee la Biblia, la Imitación de Cristo, y las Vidas de los Santos. Diariamente, reza por su madre Leonor Morosini, muerta y enterrada junto a su esposo Angel en aquel monasterio veneciano de San Esteban.

Jerónimo Emiliani, el convertido de Castelnuovo, siente como si muy adentro de todo su espíritu total floreciese cada día un lirio nuevo. Y así, cada día, aquel alcaide sublime entona las más bellas melodías al Dios del universo.

### XIII

#### CANTO DE AMOR AL DIOS DEL UNIVERSO

Jerónimo, en Castelnuovo, así cantaba a Dios en el manso silencio de la noche plateada mientras la luna descendía sobre el castillo solitario rielando bellamente las quietas aguas del Piave. Jerónimo decía así:

Señor: Fue tu voluntad el hacerme infinito. Y este vaso frágil de mi corazón se ha vaciado y se ha llenado de Ti, con una vida nueva. Por valles y colinas, por montes y quebradas, iré silbando siempre divinas melodías.

Tu luz ilumina todo mi mundo. Tu aliento me da la vida suave como la brisa que roza a la estrella de la tarde. Tu raudal santo de agua refresca eternamente los más oscuros y resecos pedregales.

Quiero tener mi cuerpo siempre puro pues has dejado en mí tu viva huella. Quiero siempre tener mi pensamiento libre de falsía pues Tú has encendido la luz de la verdad sobre mi frente. Quiero guardar mi corazón de todo mal pues ya te llevo a Ti en el más íntimo silencioso de mi alma.

Y ya será mi eterno afán el revelarte a los demás en mis acciones. Para que todos te vean y comprendan que Tú eres la raíz que fortalece y suaviza mi trabajo. ¡Oh, dueño soberano de los mundos!: Para Ti, la silenciosa ofrenda de mi vida.

## XIV

### LOS PRIMEROS HUERFANOS

En la cálida noche de junio del año 1519, muere Lucas, el hermano mayor. Tres huerfanitos quedan. Tres niños que va a tutelar Jerónimo Emiliani. Años más tarde, ya en el 1526, muere Marcos, otro hermano del convertido de Castelnuovo. Tres huerfanitos más, también al amoroso cuidado de su noble tío. Esos niños descubrirán en Jerónimo Emiliani toda la inmensa pedagogía del amor que el sabio patricio veneciano alberga en su misericordioso corazón, un corazón de oro. En esos huérfanos, aprenderá Jerónimo a amar a todos los huérfanos desamparados de la tierra, a toda la juventud abandonada.

Lleva Jerónimo una vida ascética, abnegada, purísima. Todavía viste la violeta toga de patricio pero no asiste ya a las altas reuniones de aquel Gran Consejo. Se va despegando casi por completo de la marea social. Su alma sublime busca otras aguas hondas y bellísimas que pongan sus vai-venes orfeónicos en la divina playa de la Santidad.

## XV

### EL AMOR DIVINO

Es el año 1527. Roma es saqueada. Y la teatina comunidad naciente del Amor Divino es perseguida y torturada. Dos de sus principales miembros, Cayetano de Thiene y Juanpedro Caraffa, se salvan milagrosamente y se refugian en la hermosa Venecia. Allí les conoce Jerónimo Emiliani. Y entra con ellos en ese grupo admirable enamorado de la cristiana perfección. Caraffa será desde entonces el espiritual director de Jerónimo Emiliani. Y éste, un discípulo sublime y admirable.

Todos los compañeros del Amor Divino aman al Galileo crucificado. Aman la cruz. Y aman la doctrina redentora de Cristo, una bellísima doctrina que El, el más alto y lírico poeta, predicó por los campos de la Tierra Santa. Una doctrina que Jesús exponía en sus admirables y poéticas prédicas, prédicas ajenas a toda penitente gravedad; prédicas de fresca juventud inmarcesible. Pues allá, junto a un lago celeste, la palabra de Dios se escucha por «las aves de los cielos», por «los lirios de los campos». Y se propaga esa dulce palabra del Amor Divino como una encantada sonri-

sa de la Naturaleza. ¡Ah, lentas jornadas de Galilea en las que el Maestro enseñaba al mundo el ejemplo incomparable de aquellas hermosísimas parábolas! ¡Jornadas místicas, de una altísima espiritualidad única en la tierra! ¡Permaneceréis por siempre, eternamente!

## XVI

### TESTA SABIA

El pueblo puso a Jerónimo Emiliani un apelativo cariñoso y certero: Testa Sabia. Así era. Una Cabeza Sabia en un no menos sabio corazón. Un corazón colmado hasta los bordes: colmado de fe, de caridad, de amor.

Testa Sabia había aprendido en aquella solitaria prisión de Castelnuovo, un *saber especial*. Allí había sido iluminado por la gracia del gran conocimiento. El conocimiento que levanta la idea cristiana a su ejemplo más alto: el ejemplo ideal del Galileo, el ejemplo de ese modelo impar. Y este ejemplar conocimiento que alumbra la frente de Jerónimo, es el mismo que alumbró a los primeros cristianos del Trastevere romano. Es el conocimiento sabio que comunica a quien lo alcanza, una felicidad candorosa, una ingenua alegría de vivir, un divino contento del alma embalsamada por la maravillosa libación de un vino nuevo. Un vino cuyos efluvios ideales habrá de aspirar por siempre aquella «testa sabia» hundiendo su cabeza en los ultraterrenos lagares celestes e insondables.

EL SANTO



## XVII

### EL SANTO

El santo se llama Jerónimo Emiliani. Es moreno, de mediana estatura, noble porte tranquilo y distinguidos modales de patricio veneciano. Tiene el cabello castaño con reflejos de oro, las cejas abundosas, barba afilada cercándole la boca y el mentón. Su nariz es clásica y correcta, armoniosa. Y sus claros ojos son grandes, luminosos, de una dulce mirada penetrante. Frente amplia, abierta y despejada, frente de «testa sabia». Levemente marcados los pómulos en resultado de las ascéticas mejillas.

Nimba toda su figura una mística y concentrada gravedad disciplinada, una sugestiva dulzura que delata el sometimiento de la voluntad y expresa la vida penitencial que fortalece y eleva su espíritu.

¿Está serio y parece que sonrío? ¿O sonrío y parece que está serio?

## XVIII

### HAMBRE EN VENECIA

El año 1528 es año de hambre para Europa. La guerra ha concluído. Pero los campos quedan asolados, las tierras, abatidas. Venecia es rica. Y sobre ella, cae todo un ejército de hambrientos, de miserables. Desde todas partes, los desgraciados se dirigen a la bellísima laguna veneciana. Se refugian bajo sus puentes, bajo sus pórticos. La marea humana crece y alcanza la pleamar en lo más duro del invierno. Las gentes comían hasta el heno. Un trágico pincel francés presenta, en un cuadro de la época, a un hombre moribundo que sostiene entre sus dientes un último puñado de hierba.

Jerónimo Emiliani, santo y hombre de acción, despliega una actividad increíble, incansable. Jamás se ha visto a nadie que le supere en ardoroso dinamismo. Vende todos los ricos muebles de su casa, los cuadros, los tapices; vende cuanto hay en ella de valor. Compra harina a precio de oro. Hace pan por las noches y lo reparte al amanecer. Su casa hermosa de San Vitale es abierta totalmente a los hambrientos. Y transformada así en albergue, en hospital. Je-

rónimo entrega ropas, medicinas, dinero. Y se multiplica día y noche en un afán santo y valeroso para la ayuda indesmayable a todos aquellos semejantes necesitados. ¡Maravilloso cuadro de altruismo incesante digno de ser pintado por la mano ideal de Zurbarán!

## XIX

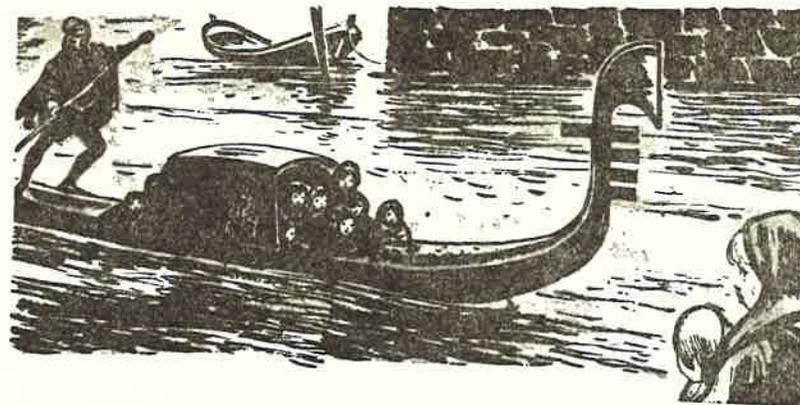
### PESTE EN VENECIA

En aquella mañana del año 1528 aparecieron las márgenes del Gran Canal alineadas de ratas. Ratas muertas, con una flor de sangre abierta en el hocico puntiagudo. Aquellas ratas trajeron la fiebre, los bubones, la peste. El pánico, la miseria, el hambre, la falta de medios para afrontar la plaga, se aliaban en un caos estremecedor. Toda Venecia era un campo sembrado de cadáveres. Y toda Venecia era una inmensa pira crematoria fulminante y exterminadora. Las ratas, apiladas, muertas, apestadas. Los seres humanos, apilados, muertos, apestados. No se podía sepultar debidamente tanta muerte. Y la incineración era incesante. Un olor nauseabundo planeaba el aire. Y se mezclaban sin tregua los vahos de las desinfecciones cresiladas; los ponzoñosos vahos que ascendían, en medio de la noche, a un cielo abierto, bello y expectante. Los cadáveres eran retirados con ganchos. Y los médicos, eludiendo el contagio, se protegían con máscaras ante los apestados.

Y en medio de tanto horror y tanta muerte, un hombre, un simple laico no sacerdote, Jerónimo Emiliani, va y vie-

ne entre los enfermos con una heroica abnegación sublime. Les habla, les alienta, les ayuda, les acompaña en sus últimos instantes de vida. Este santo tan santo, este Jerónimo Emiliani, abre incluso un lazareto, un gran barracón de madera para auxilio de los apestados y en cuya apertura recibe ayuda hasta del mismo dux.

Causa admiración y asombro ver pasar a Jerónimo Emiliani bajo el cielo estrellado de la noche de Venecia, sabiendo que el santo va a recoger enfermos para llevar al hospital de Incurables, va a recoger cadáveres para llevar a enterrar. A todos esos seres apestados, los carga Jerónimo sobre sus hombros santos y divinos. Por amor hacia Dios, hacia ese Dios que tanto amó y ama a los hombres, esa carga apestada de la que todos huyen, es para Jerónimo una carga ligera.



**XX**

### **EL GONDOLERO DE LOS HUÉRFANOS ABANDONADOS**

A consecuencia de las devastaciones, de la peste, muchos niños han quedado sin padres. Los pobres huérfanos vagabundean por las calles de Venecia. Van tristes, solos, desorientados como perrillos sin dueño. Y cuando cierra la noche, esos bambinos solitarios lloran de miedo y desconsuelo. Jerónimo Emiliani los ve. Y su corazón misericordioso sufre y se da rápidamente a la caritativa acción: Convirtiéndose en gondolero de los huérfanos abandonados. Los transporta en su góndola, les da asilo, alimentos, cuidados, afecto, amor. Les enseña diversos oficios para que así aprendan a ganarse la vida. Sin olvidarse nunca de otorgarles la más bella enseñanza cual es la altísima doctrina que el propio Jerónimo practica: la doctrina cristiana.

El santo abandona su hermosa casa de San Vitale, junto al puente Vettori. Y funda el primer orfelinato en el barrio llamado de San Basilio. Poco más tarde, el segundo orfanato surgirá en el barrio de San Roque. Las fundaciones se multiplican. Jerónimo cambia su violeta toga de patricio por un sayal pardo y franciscano. Y se entrega en

cuerpo y alma al cuidado y protección de aquellos niños huérfanos, de aquellos desventurados solitarios. Allá van éstos, por las calles de Venecia, con un pequeño al frente portando la cruz, en un cortejo ingenuo nunca visto, todos vestidos de blanco como lirios y capitaneados por Jerónimo, un seglar tocado de la divina gracia, tocado de una bella locura sobrenatural y santa, una locura sublime que inebriará su alma hasta el fin de su vida.

## XXI

### UN PEDAGOGO PREVENTIVO

Jerónimo Emiliani fue un inteligente precursor educativo y social. Un precursor de aquella mi gallega paisana pensadora del siglo XIX que se llamó Concepción Arenal. Decía esta gran penalista que «al ver a un niño descalzo, desnudo, hambriento, a quien nadie corrige ni ama, pensemos que, abandonado a su mala suerte, podrá ser un hombre criminal. Es doloroso ver tantos niños pobres cómo se pervierten en las calles. Puesto que el niño tiene el germen de los malos instintos y de las elevadas virtudes. Y el secreto de la educación consiste en sofocar los primeros y estimular las segundas». ¡Bellísimas palabras certeras que también escribió, siglos antes, con su acción y con su alma, ese gran pedagogo ejemplar que fue Jerónimo Emiliani, un altísimo e inspirado pedagogo preventivo!

Sabía bien el santo —a quien Pío XI oficialmente declaró «Padre y Patrono universal de los huérfanos y de la juventud abandonada»—, sabía bien que «el dolor, compadecido, purifica; abandonado, deprava».

## XXII

### UN EDUCADOR

El santo Testa Sabia sabía que la educación no sólo se dirige a la inteligencia sino a todas las facultades que constituyen al hombre moral y social. Sabía que educar a un joven supone formar un hombre recto, firme y benévolo para que así lo sea de modo permanente en la posición social que le depara la vida. Por eso infundía en todos sus discípulos, la poesía del alma, la fe, la libertad, la honestidad de conciencia, la abnegación; es decir, lo que Renán llama «lo sobrenatural general» y que es el alma oculta del universo, el ideal, origen y causa final de todos los movimientos trascendentes del mundo, bello Ariel shakespi-riano.

El santo supo engrandecer a la vez en los demás el sentido de lo ideal y de lo real, cincelando a la perfección todas las facetas del alma cual si tratase de moldear diariamente en purísimo mármol del Pentélico la estatua de la vida que tenía, por alumna, entre sus manos. Avivaba siempre en sus discípulos el fuego del espíritu. Pero no descuidaba la humana subsistencia. Diríase un nuevo Cleanto de la es-

cuela estoica de la antigua Hélade, sumergiendo el cubo del agua que movía un molino y meditando al tiempo, en las treguas del duro quehacer, las máximas oídas de labios de Zenón, el maestro. De ahí, que un día vivido bajo aquel programa de enseñanza del santo, sea el más brillante ejemplo para cualquier moderno centro de instrucción. Aquello era una inimitable y encantadora mezcla de animación y de serenidad, de gravedad y de entusiasmo; era una primavera del espíritu humano, era una sonrisa de la historia.

### XXIII

#### UN REFORMADOR

En los tiempos de Jerónimo Emiliani, la Iglesia era como una triste barca zarandeada por los vientos pontificios y orgiásticos de Alejandro VI Borgia y por los ramalazos herejacos de Lutero. Hasta el Islam se unía contra la barca, en una tumultuosa tempestad, convirtiendo a los hijos de los cristianos prisioneros en bandoleros jenizaros. Estos jóvenes, armados con puñales y cimitarras, tocados de turbante moro, eran adoctrinados en la más radical esencia musulmana y sembraban el terror en los países rivales del Islam. Jerónimo Emiliani sufría inmensamente. Y escogía, entre sus mejores, la vanguardista milicia que luchaba por sembrar y extender la incomparable fe del Galileo.

Así, el santo era, en medio del caos, de la herejía, y de la depravación, un formidable apóstol indiscutible, un reformador esencial, firme e indesmayable. Veía el santo, en todo momento, la dulcísima imagen de Jesús bajo la esbelta palma del lago Tiberiades mientras la brisa desceñía al Maravilloso, con grácil levedad, la túnica inconsútil. Veía el santo, en cada instante, la figura pensativa del

Maestro que empezaba a preparar la predicación de su doctrina en aquel treinta cumpleaños divino, junto al lago. Por eso, Jerónimo rezaba y se esforzaba para que la barca agitada recobrase su celeste calma ingenua y primitiva, recobrase la sencilla y pura calma galilea. Y el santo ponía diariamente en sus propios labios y en los de todos, esta Oración:

«Dulce Padre Nuestro Señor Jesucristo, te rogamos por tu infinita bondad que reformes a tu cristiandad según aquel estado de santidad que tuvo en tiempo de tus Apóstoles.

Escúchanos, Señor, porque benigna es tu piedad, y, por la muchedumbre de tus misericordias, vuélvete hacia nosotros.

Por el camino de la paz, de la caridad y de la prosperidad diríjame el poder de Dios Padre, la sabiduría del Hijo y la fuerza del Espíritu Santo y la misma gloriosa Virgen María.

Y que el ángel Rafael, que estuvo siempre con Tobías, esté también conmigo en todo lugar y camino.

¡Oh, buen Jesús!, ¡oh buen Jesús!, ¡oh buen Jesús!, amor mío y Dios mío, en Ti confío, no quede yo confundido.

Confiémonos a Nuestro Señor benignísimo y tengamos verdadera esperanza en El sólo, porque todos los que esperan en él no serán confundidos y quedarán estables, fundados sobre la piedra.

Y para obtener esta gracia acudamos a la Madre de las gracias diciendo: Ave María».

## XXIV

### UN VERDADERO MAESTRO

El santo fue un verdadero maestro maravilloso. Porque dio a sus discípulos algo más que la propia existencia, más que la riqueza, más que la hermosura. Les dio la suprema lección de saber andar con responsabilidad por la vida. Les hizo una entrega áurea, sin réditos ni plazos, cuya generosidad es inmedible.

El santo tuvo el gesto del verdadero maestro grande y noble. Un gesto que no puede ser únicamente directo e íntimo sino que tiene que verse desde lejos, en el espacio y en el tiempo, y llegar, por lo tanto, hasta aquellos a los que el maestro no podrá nunca ni conocer ni amar. Fue un maestro genial que tuvo la virtud de hablar para las generaciones que él no podía conocer ni amar individualmente, sino sólo con un genérico presentimiento de amor. Y habló ese maestro extraordinario enseñando que concebir el bien, no basta; hay que hacerlo triunfar entre los hombres por medio de hechos: Tal fue la sublime e incesante acción, el ejemplar dinamismo de Jerónimo Emiliani.

## XXV

### UN DINAMISTA GENIAL

Jerónimo Emiliani es la *fuerza en movimiento*. Tiene toda la capacidad, el entusiasmo, la vocación dichosa de la acción. La voluntad es el cincel que ha esculpido su alma en roca viva. Y esa inmensa tensión de voluntad ha permitido al santo realizar su obra de titán admirable y le ha llevado a triunfos inauditos en todas las esferas del engrandecimiento humano.

Tiene Jerónimo una inquietud febricitante que parece centuplicar en su seno el movimiento y la intensidad de la vida. Es un verdadero dinamista, un dinamista genial. Es como un monte de leña siempre ardiendo. Y él mismo es la propia chispa eficaz que hace levantar la llama de un ideal vivificante e inquieto sobre el copioso combustible incendiario de amor y caridad. Y este sublime dinamismo brota, como límpida surgente, del manantial hondo de lo eterno.

**XXVI**

**CAMINANDO HACIA LO ALTO**

¡Quién pudiera, Jerónimo Emiliani, repetir contigo estos mis propios versos! Estos versos que yo escribí para ti porque tú eres el que puedes recitarlos como expresión gozosa de tu alma bienhechora:

Me arrodillo hacia lo alto caminando,  
caminando hacia lo alto me arrodillo.  
Mis labios son indesplegado anillo  
que en el templo del mundo va rezando.

Yo pienso que la vida va acabando  
extinguida como cirio amarillo  
que el tiempo va quemando en suave hilillo,  
débil llama que muere suspirando.

Pero siempre en la tierra viviremos  
en los huérfanos niños como flores,  
pureza dolorida de la vida.

Repletos nuestros cofres dejaremos  
en derroche de caridad y amores,  
que amor será nuestra obra revivida.

## XXVII

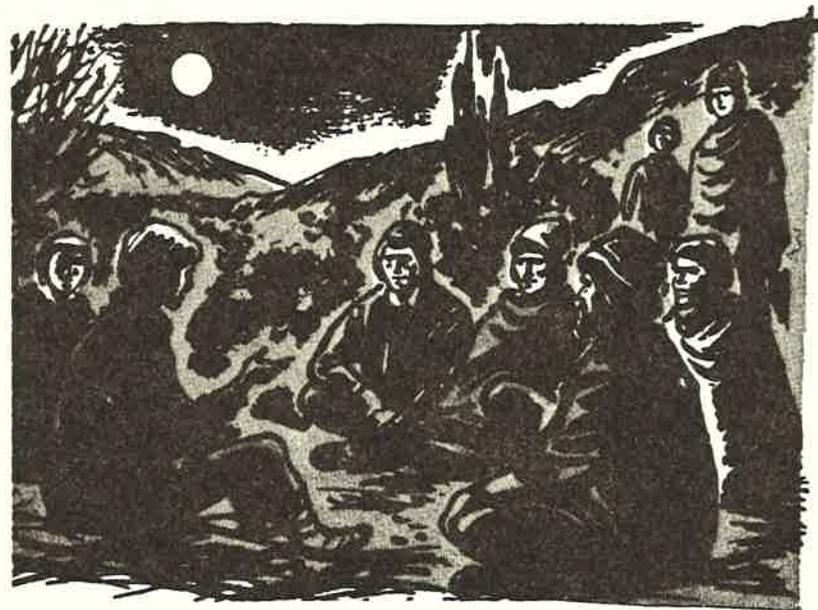
### PEREGRINO DE AMOR

Corre el año 1532. Jerónimo Emiliani sale de Venecia. Y llega a Padua, ligero de equipaje, tan sólo con las alforjas de mendigo. Pero Dios llena de oro todo su corazón, toda su alma. Jamás se ha visto un mendigo tan insospechadamente rico. Con una riqueza inacabable, infinita. Una riqueza del cielo.

De Padua a Verona. De Verona a Brescia. Brescia, en la bellísima región de Lombardía. Los ojos luminosos del santo admiran aquella hermosa campiña de la llanura lombarda. Primorosas margaritas e ingenuas violetas adornan linderos y colinas. Y las amarillas acacias brillan bajo el sol de Lombardía como si fuesen ellas el mismo sol. ¡Oh, Dios! Gracias por haber creado tanta belleza en el mundo —reza el santo.

En Brescia, los niños huérfanos y desharrapados, son legión. Pero allí está Jerónimo Emiliani para recogerlos, para enseñarlos, para amarlos. Así, surge el orfanato de La Misericordia. Los muchachos aprenden a ganarse el sustento. Y cantan y rezan con devoción y alegría.

Marcha luego Jerónimo hacia Bérgamo. Funda dos nuevos albergues. Uno para muchachos, cerca de San Alejandro. Otro para muchachas, en La Magdalena. Muchos discípulos tiene ya Jerónimo Emiliani. Y muchos nobles se han unido a su santa y maravillosa obra. El convertido de Castelnuovo sigue por su florida senda. Va por ella, peregrino de amor.



## XXVIII

### LOS DIVINOS CONJURADOS DE MERONE

Es una noche plena de verano del año 1534. Reina el silencio. Y la luna, esa pálida novia de Verlaine, alumbra con el diluvio de su luz fosfórica los bellísimos campos de Merone. Unos hombres se reúnen, cruzando el sendero solitario. Se sientan al aire libre, sobre las rubias hojas de maíz que aún cubren la tierra en la villa del marqués León Carpani. Y el blanco vestido de Selene nimba aquellas nobles figuras humanas con un suavísimo rielado ideal. Son los divinos conjurados de Merone. Unos, sacerdotes. Otros, seglares. Y están allí reunidos para trazar los planes de una santa milicia alta y gloriosa.

El capitán, Jerónimo Emiliani, habla a los otros con una palabra llameada de fuego. Hay que dejarlo todo para servir a Dios. Hay que entregarse totalmente a los huérfanos, a los pobres, a los enfermos, a los necesitados de algo elemental y humano. Hay que dar todo el amor y toda la abnegación de que pueda ser capaz un ser. Los divinos conjurados escuchan la santa palabra de Jerónimo con reverencia y con sagrada unción.

Están allí, entre otros: Carpani, Primo Conti, Besozzi, Borelli, Odescalchi, Barili, los hermanos Gambarana, Baia-  
ca, Rovelli, Strata, Panigarola, Calco, Schieppato, Novati y  
tantos más. Unos, nobles. Otros, humanistas. Todos, excep-  
cionales. Fundan la Compañía de los Siervos de los Pobres.  
Una Compañía precursora de una nueva y hermosísima Or-  
den religiosa. Los divinos conjurados han elegido para su  
Compañía un escudo bello, muypreciado; un blasón que  
permanecerá en los tiempos al correr silencioso de los  
siglos.



## XXIX

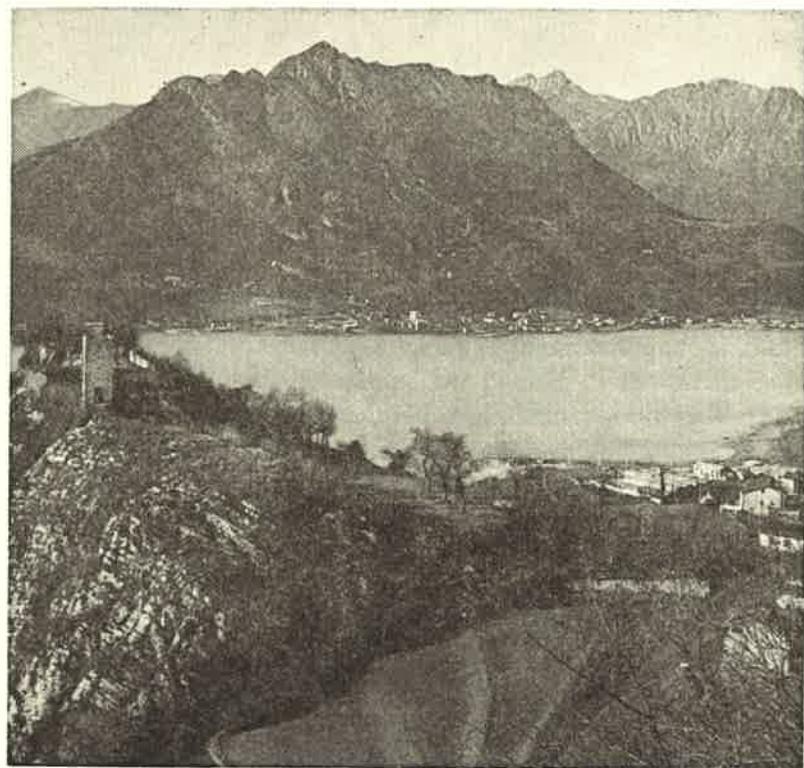
### EL ESCUDO

¡Oh, Dios!: Tú que has muerto en madero infamante, quebrados los huesos, vaciadas las sienas, vertidos los divinos lagares de tus venas, sabemos que, por eso, Jerónimo Emiliani amó tu cruz. Y a ti te amó, en ella, crucificado Galileo.

Por Ti, Señor, Jerónimo llevaba ligero sus alegrías y sus penas. Por Ti, la vida del santo era una fatiga permanente que él hacía suave como el sonido del arpa en la mañana. Y todos los desvelos rudos y constantes de tu siervo fiel, Jerónimo Emiliani, tenían por Ti, la ligereza del rocío en la punta de una hoja.

Por Ti, Señor, Jerónimo exclamaba con sublime alegría: *Onus meum leve*, «mi carga es ligera».

Así, la cruz immisa con el mortal sedile que tu cuerpo sostuvo y esa divisa leve, tan suave, son, Señor, el bellísimo escudo que sustentó a los Siervos de los Pobres. Y el que habrá de sustentar a sus discípulos hasta el confín glorioso de lo eterno.



**XXX**

**SOMASCA**

En el italiano Valle de San Martín, asentado en la bellísima llanura de Lombardía y junto al lago de Como, está el pintoresco pueblo de Somasca. Un pueblo al abrigo de las montañas azules y pacíficas. Un silencioso pueblo que conserva, inmutable, todo el encanto ingenuo de los siglos. Y este paraje tranquilo y solitario fue elegido por su verde silencio y por su hechizadora armonía para meditativo refugio de Jerónimo Emiliani. El santo buscaba la soledad. Amaba el sosiego que permitía su diálogo con Dios, su concentración interior. Jerónimo perseguía incansablemente esa luz maravillosa hacia una luz más honda, luz perpetua.

Aquí, en Somasca, el convertido de Castelnuovo va a establecer su cuartel general. La familia Ondéi le alquila una casa. Y en esa casa van a reunirse con Jerónimo Emiliani sus excepcionales colaboradores que se entregan a una altísima vocación de servicio a la causa de Dios.

Desde ese bendito día memorable, Somasca pasará, como un hermoso luminar, al tiempo glorioso de la historia de la religión y de la vida. ¡Aleluya, Somasca! ¡Aleluya!

## XXXI

### EN MILAN

Jerónimo Emiliani organiza la casa de Somasca. Al frente de la misma, quedan Pedro Borelli y Mario Lanzi. Y él sigue hacia el Ducado de Milán. El Duque, Francisco II Sforza, está atenazado por sus rivales que le arruinan el Estado. Le han hablado de un antiguo senador de Venecia que ahora sirve a los pobres: Jerónimo Emiliani. Sería un buen mediador para mejorar las relaciones entre la Serenísima República y el Ducado —piensa Sforza—. Y a tal fin, envía al santo una bolsa bordada con las ducales armas. Bolsa repleta de oro. Pero no es eso lo que ansía el santo. Y el áureo donativo no es aceptado.

Sforza queda desconcertado realmente, queda asombrado. Y desea vivamente conocer a ese hombre singular. Jerónimo acude al palacio ducal. Tiene el santo cuarenta y siete años. Su ascético rostro está pálido, demacrado como cirio divino. Un noble rostro purificado por un vivo fuego. Sforza se levanta al verle entrar. Y se inclina ante su extraordinario visitante. Los dos hombres hablan a media voz. Se intercambian preguntas y respuestas. Jerónimo

Emiliani despliega aquella su elocuencia de siempre, la arrebatada elocuencia que remueve, con increíble ardor inextinguible, hasta la fibra más íntima de su alma. Nunca Sforza había oído a nadie hablar así. ¿Quién es aquel Jerónimo Emiliani que conmueve y estimula a las piedras? Es un ferviente discípulo de Aquel, un incansable seguidor del altísimo Rabí. Sforza es ganado por el ánimo del Santo. Y pone a disposición de éste, unos locales para sus huérfanos. Así nacen los dos nuevos hogares: San Martín, para los chicos y Portanuova, para las muchachas. Los milaneses desheredados encuentran en el santo un refugio de caridad y de amor. Encuentran, además, un esforzado luchador en la epidemia que por entonces invade la ciudad.

Jerónimo Emiliani, el incansable, el dinámico, el apóstol, el enfermero, el educador, el padre, *el todo lo que puede ser un maravilloso ser humano*, se ofrece a los demás en una altruista entrega divina y total. Jerónimo Emiliani lleva el escudo creado en la bendita noche de Somasca por aquellos divinos siervos conjurados, fuertemente pegado a su pecho. Ese valioso escudo de la cruz y la carga ligera, lo lleva el santo sobre su corazón como un rojo zaratán de vivo fuego quemado de rosas nunca vistas.

## XXXII

## EN PAVIA

Después de Milán, Jerónimo Emiliani se dirige hacia Pavía. Le acompaña un grupo de huérfanos. Y era ciertamente conmovedor espectáculo el contemplar aquel ingenuo desfile de los muchachos capitaneados por el santo. Por este santo noble veneciano, vestido con rústico hábito, y mostrando su rostro macerado de penitencias y fatigas. Cantando esa pequeña compañía salmos e himnos bellísimos para el Dios del universo.

Un hogar nuevo surge en Pavía. Cerca de la iglesia del Espíritu Santo, hay un local vacío. Se llama La Colombina. Allí se encaminan toda clase de ayudas: mantas, mesas, bancos, vajilla. Y se abre otra casa más. Como en Milán, en Bérgamo, en Merone, en Somasca, en Venecia, en tantos sitios distintos. El santo es de un dinamismo fascinante. Puro pensamiento contemplativo. Rápida acción. ¡Qué increíble grandeza de espíritu!

### XXXIII

#### LAS CARAMPANAS ARREPENTIDAS

Ciertas muchachas de vida dudosa frecuentaban el equívoco barrio de La Carampana. Tocadas con su distintivo pañuelo amarillo, las desgraciadas rabizas aguardaban la diaria caída múltiple del vicio. ¡Pobres desventuradas, tantas veces sin nadie que les ofreciese ni compasión ni amor! Jerónimo Emiliani las recoge y las redime. El santo abre el alegre refugio de la calle Palabrocco para estas carampanas arrepentidas. Piadosas mujeres son las misericordiosas estrellas rectoras de aquel hogar. Las arrepentidas se alzan del lodo. Y retornan a una vida nueva, esperanzada, cristiana. «Vete en paz. Y no vuelvas a pecar» —había dicho a la adúltera, el Galileo.

«Que el amor, como nos dice mi paisana Concepción Arenal, es la ley del progreso. La caridad es la vara prodigiosa que hace brotar el arrepentimiento de la espesa roca de un corazón depravado. Y si esa caridad divina existe en nosotros, nada hay imposible». Bellas palabras puras como la luna nueva, suaves como el blando destilar del rocío en el vellón de un cordero. Palabras que anticipó Jerónimo, calcadas del mártir de la cruz.

## XXXIV

### LOS FUTUROS SOMASCOS

En aquel año de 1534 Jerónimo Emiliani convoca nuevamente a sus divinos conjurados. En el bellissimo pueblecito de Somasca. Somasca es un pueblo elegido. Con su ingenuo silencio y su grata soledad perdida entre montañas agrestes, es el paraje preferido del santo.

Llegó el momento de establecer un reglamento fijo para los Siervos de los Pobres. Se reúnen en la casa de los Ondéi. Y trazan las normas precursoras de los somascos futuros.

Así quedaría sembrado en la italiana tierra de Somasca el gigante rosal hermosísimo que, andando el tiempo, abriría sus rosas perfumadas en el aire ampliado de los mundos.

**XXXV**

**¡QUE HORRIBLE ES LA BLASFEMIA!**

Aquel día, Jerónimo Emiliani iba de Somasca a Vercurago. Encuentra en el camino a dos hombres que se insultan. Braman. Y blasfeman. Dios mío: ¡Qué horrible es la blasfemia! Una serpiente enroscada saliendo de una negra boca humana. El santo les habla, les suplica que cesen en aquellas injurias espantosas. ¡Todo en vano! Entonces, Jerónimo, el somasco divino, se arrodilla y mastica un puñado de barro. Los dos hombres se asombran. Y enmudecen. Apenas sí comprenden. Pero se perdonan. Y acompañan al santo por el camino.

Una vez más, el noble veneciano, el maravilloso convertido de Castelnuovo, hace gala de un dinamismo rápido de acción. ¡Qué santo capitán insuperable!

## XXXVI

### LOS MILAGROS DEL SANTO

Jerónimo Emiliani era una personalidad excepcional. Y un ser de tal sobrehumana naturaleza, ha de irradiar por fuerza una teúrgia misteriosa, un carisma sobrenatural. Sin embargo, el santo no pretende convencer a los demás de sus maravillosos milagros. Porque Jerónimo es un verdadero santo. Y los santos no necesitan de ninguna milagrosa confirmación de su innegable santidad. Ni buscan esa confirmación. Ni la rechazan. Aceptan lo que es bueno para acrecentar la fe y la esperanza en Dios. Los santos son humildes de corazón. Desprovistos de vanidades. No persiguen nunca el aparecer a los ojos de los demás como lo que en realidad son: unos divinos seres espiritualmente singulares y superdotados, unos gigantes del alma. Con unos poderes místicos que despiden cegadores rayos de dulzura, de alivio, de consuelo, de fuerza. Llevan por doquier la aureola y el marchamo de la santidad. Así, Jerónimo, con un signo de su diestra, frena los lobos; y con su fe ardiente, multiplica los cuatro panecillos, hace brotar un manantial escondido. Si se acerca a un enfermo, éste puede quedar súbitamente

curado ante la sola presencia de inmanente sugestivo que emanaba del verdadero santo. Que no otra cosa son los milagros sino extraordinarios sucesos conseguidos por seres dotados de una seducción incoercible que les alza a lo ultraterreno y hacia lo celeste. Y Jerónimo Emiliani, un somasco divino, poseyó en altísimo grado una eónica inteligencia sobrenaturalmente iluminada; poseyó una apasionada intensidad en la fe, una enérgica capacidad de dinamismo y de bienhechora sugestión. El santo hacía milagros. Porque él mismo, era un milagro.

### XXXVII

#### TRES CASAS EN SOMASCA

La prima casa de Somasca se ha quedado insuficiente. Jerónimo Emiliani emprende con mil dificultades una nueva construcción. Transportan con paciencia los ladrillos de la antigua fortaleza de La Rocca. Y va surgiendo, con árboles de la montaña y cañas revocadas de yeso, un nuevo humilde hogar. Luego, otro: En La Valleta, El Vallecito. Tres casas ya, tiene Somasca.

Ahora, el santo desea un solitario refugio para sus penitencias, para sus plegarias, para sus místicos coloquios con Dios. Así surgirá la gruta de Somasca, celda escondida.

## XXXVIII

### LA GRUTA DE SOMASCA

Al pie de la abrupta ladera de La Rocca somasca hay una gruta oculta. Cubierta de jarales y brezos, flanqueada de zarzales. Dentro, una grata penumbra diluída, una inmensa soledad de calma celeste, un religioso silencio que vela la castidad del aire dormido. Los fatigados vientos abandonan a la entrada su carga de aromas y armonías. Y en esa recatada gruta de la Naturaleza está Jerónimo Emiliani. Para descender, en nostalgia absoluta de lo eterno, a la interior gruta de su alma. Y poder así alcanzar esta alma hermosísima del santo, la unión beatífica con Dios. Jerónimo interroga dulcemente como Juan de la Cruz: «¿A dónde te escondiste - Amado, y me dejaste con gemido? - Como el ciervo huíste - habiéndome herido; - salí tras Ti clamando y eras ido».

Jerónimo Emiliani se goza y alegra en el interior recogimiento de su espíritu, cerrando la puerta, en esos momentos celestes, a todas las otras cosas de este mundo. Busca a Dios, escondido en lo más hondo de su alma. Y le

ama así, escondido en lo escondido. Y ya el santo, adaman-  
do al Galileo con un amor sublime, hablará sólo con el co-  
razón y el pensamiento, indesplegados sus labios, los más  
tiernos y dulces soliloquios que son para su alma un caute-  
rio suave.

**XXXIX**

**SOLILOQUIO EN LA GRUTA DE SOMASCA**

Este era, del santo, el soliloquio:

¡Oh, Dios!: De tanto estar en vela, por veces mis ojos se  
olvidan de dormir. ¡Pero qué dulce es para mí este in-  
somnia!

Mi corazón espera siempre a tu amor. Espero, a solas. ¡Pe-  
ro qué dulce es para mí esta espera!

Todos se marchan. Yo quedo rezagado. ¡Pero qué dulce es  
para mí escuchar por si vienes!

Conserva a mi corazón, siempre firme en la fe.

Pues la simiente ha caído en la tierra. Y un día germinará.  
Y llegará el tiempo en que mi carga ligera se me hará un  
divino regalo.

Y estaré frente a Ti, de rodillas y con las manos juntas,  
¡Oh, Dueño Soberano de los Mundos!

Ante esta soñadora visión, parece que estalla en melodías  
la estrella de la tarde. Y tiembla de amor todo mi pobre  
corazón estremecido.

## **X L**

### **LAS SEIS CARTAS DEL SANTO**

Seis cartas se conocen de Jerónimo Emiliani. Y en esos seis testimonios epistolares del santo, queda vivamente reflejado su gran perfil espiritual lleno de sencillez, de vivacidad, de caridad, de acción amorosa y constante. Una gavilla de consejos hondos y prácticos, permanentes. «Atended al trabajo, a la piedad y a la caridad, puntales de la obra». «Atended siempre al fuego del espíritu». Y por inmutables cimientos de estas encantadoras misivas, la fe y la esperanza. Y siempre, el dinamismo, la indeclinable acción. La indesmayable búsqueda del trabajo para atender al sustento alegre y cotidiano.

Se cuenta cómo se interesó el santo por la moda de unos grandes sombreros de paja, en forma de plato, con los bordes adornados de plumas, cintas, y hasta perlas cuando de reyes y príncipes se trataba. El cuidado de alimentar a sus muchachos aguzaba el ingenio de Jerónimo Emiliani. Así, encontró el secreto de trabajar la paja, aconsejando a los jóvenes artesanos de sus talleres la fabricación de los sombreros primorosos. Y en una de sus cartas

pide «que le aparten unas cuantas centenas de haces de trigo, escanda, o farro, con la paja no trillada. Que ya enviará él, maestros para ese trabajo».

¡Ah, Jerónimo Emiliani! ¡Qué santa experiencia amable y dulcemente fatigosa, la tuya! ¡Qué comprensión humana, espontánea y humilde! ¡Qué sabiduría total, gozosa Testa Sabia! ¡Qué sublime pasión de tu espíritu, somasco divino!

## XLI

### RETORNO A VENECIA

Tras dos años de ausencia de su bellísima ciudad natal, Jerónimo Emiliani regresa a la Venecia. Es el inicio del año 1535. Reclaman su presencia las fundaciones que en la Ciudad de Oro ha dejado establecidas. Vuelve peregrinando, como siempre. Y de camino, visita y alienta a sus obras de Bérgamo, Brescia, Verona.

Una vez en la véneta ciudad, contempla aquel fuego que sirve de faro a los marinos y que brilla en lo más alto del campanile bello de San Marcos. Su corazón también brilla de emoción y añoranza, brilla de excelso fuego. El santo recorre todas sus múltiples y venecianas fundaciones. Conviene con enfermos y pobres. Trabaja sin descanso con su característico dinamismo fascinante. Ciertamente, no se concede Jerónimo un punto de ocio estéril. Y como dice el Anónimo, uno de sus biógrafos mejores: «Era admirable ver a un hombre como él, vestido de mendigo, pero adornado de un espíritu sublime y llevando una vida tan pura y humilde».

Su familia le invita. Pero él no puede acudir. Y habrán de visitarle los suyos en aquel Hospital de Bersaglio donde el santo trabaja incansablemente.

Tras una estancia en Venecia de seis meses, Jerónimo Emiliani, el antiguo patricio senador del Gran Consejo, abandona su ciudad, definitivamente. Ya no volverá a verla más. Y antes de partir, habló así a los suyos, con un presentimiento manso y dichoso, con una especie de íntimo contento elevado y especial: «Rogad a Dios por mí. Me voy a hacer penitencia de mis pecados y acabar mis días».

Luego, subió la escalerilla junto al puente Vettori y entró en la casa de San Vitale. Se despidió en soledad y silencio. Era un día de verano del mes de julio. Todo el oro bruñido del sol alumbraba las quietadas aguas del Gran Canal y refulgía sobre los puentes, sobre los pórticos, sobre las alfombradas aguas venecianas. Todo aparecía dorado, como un áureo paisaje de ensueño pintado idealmente por la gualda paleta de Van Gogh, el de los rubios girasoles inmortales. A lo lejos, una figura avanza. Es un hombre, con su humilde zurrón de mendigo. Va solo, bajo el sol despiadado y ardiente. Es el santo que se aleja. Apenas se ve ya, desdibujado por la tenue calina.

## XLII

### DEFINITIVO RETORNO A SOMASCA

El santo de oro retorna a Somasca. Definitivamente. Atraviesa la tierra italiana, como siempre, peregrino. Y se detiene a visitar sus obras en Vicenza, Verona, Peschiera, Saló, Brescia. Jerónimo Emiliani camina fatigado. Pero gozoso.

Pronto estará en Somasca, verde nido. Pronto, en su gruta; en su dulce oratorio recogido; en su oasis, donde florecen en las junturas de pavimentos y muros, los alhelíes de las ruinas sin que una mano cruel los arranque ni los pise ningún pie maligno. ¡Ah, la gruta! ¡La maravillosa gruta de sus soliloquios adonde no llega ni un eco del bullicio exterior, ni una nota escapada al concierto de la Naturaleza, ni una palabra desprendida de los labios de los hombres! ¡La gruta amada, en cuyo ambiente flota una libertad paradisial, una paz honda y memorosa, y donde las miradas se vuelven a lo interior y los pensamientos se bru-

ñen en la meditación como las guijas lavadas por la espuma!

Somasca, tierra bendita: ¡Cómo te amó, enamorado, un santo! Un santo que para ti repetía las palabras de Rilke: Tú eres el futuro, la gran aurora de la eternidad.

### XLIII

#### PREPARANDO EL ULTIMO VIAJE

En junio del año 1536 Jerónimo Emiliani va a Brescia. Allí se celebra la tercera reunión de aquellos divinos conjurados Siervos de los Pobres. La nueva Orden es ya una bella mariposa en pleno vuelo. Hacia la luz. Y ya no vacilan los conjurados en avanzar buscando el fuego para quemarse así en la divina llama.

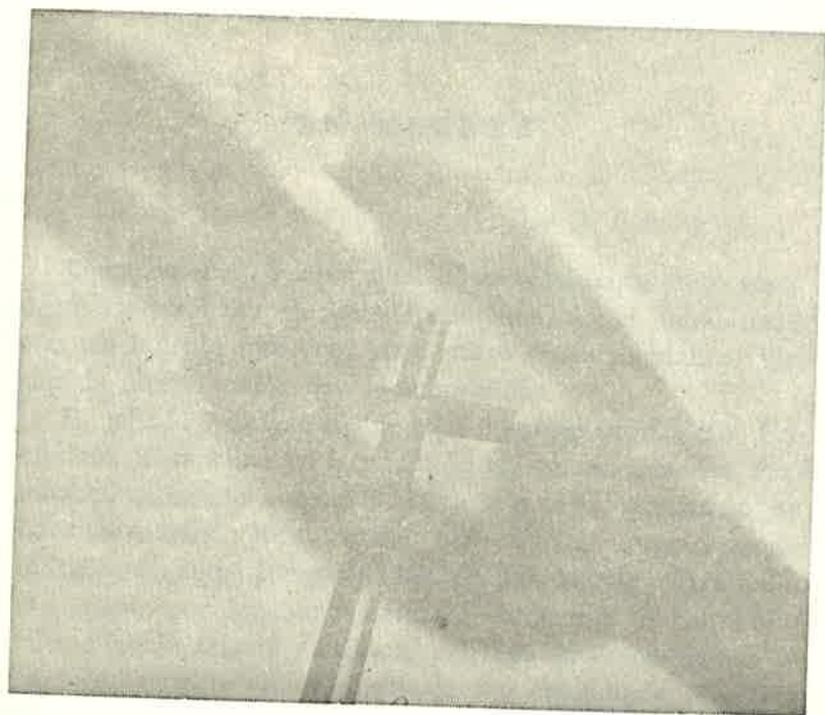
El santo es invitado por Caraffa y por el Vaticano para ir a Roma. Pero él ya no puede acudir. Está muy ocupado preparando el último viaje. Porque sabe que muy pronto va a llegar para él aquella hora rilkeana, «aquella hora que, distinta a sus hermanas, guarde silencio en presencia de lo eterno». Por eso dice: «Roma y el Cielo me llaman a la par. Pero el Cielo anula mi viaje a Roma».

## XLIV

### EPIDEMIA EN SOMASCA

En enero de 1537, en Somasca se vuelve a hablar de peste. No es la peste galopante de antaño. Es una epidemia lenta y taimada que cae silenciosa sobre el hermoso y pintoresco Valle de San Martín. Jerónimo Emiliani ofrece su admirable dinamismo habitual, ese dinamismo que jamás abandonó a lo largo de su abnegada y purísima vida, un dinamismo único. Visita a los enfermos, los cuida, los alienta, los bendice, los acompaña. Algunos, mueren en sus brazos. A lomos del borriquillo del convento, de un Platero paciente y humilde, lleva ropas y víveres.

Un día 4 de febrero, el santo contrae también la enfermedad. Consumido por la fiebre, reúne a sus muchachos para lavarles los pies, a imitación de Cristo. Y comprende que ya para él, ha llegado la última hora. Esa resplandeciente hora eterna en que va a ver, como el niño Amal, a la estrella Polar en su gran palacio negro, en que va a ver el rostro del Gran Rey sobre su rostro.



## XLV

### LA MUERTE

Lleva enfermo cuatro días. Tiene cincuenta y un años. Antes de tenderse en aquel lecho humilde, el santo trazó con un ladrillo una cruz roja sobre el muro blanco. Esa será la última visión que le acompañe.

El sábado 7 de febrero de 1537 apareció un día gris. Hacía frío. El moribundo ha recibido ya los sacramentos. Permanece tranquilo e inmóvil. Mira a la cruz, su escudo. Se hace de noche, última noche. Las estrellas están velando dulcemente aquel sosegado cielo de San Martín, aquel cielo tan amado por Jerónimo Emiliani. Todo está en un nermoso silencio celeste y especial. El lago de Como manda el hermoso suspiro de una onda leve y encalmada. Y el río Adda fluye casi detenido rozando apenas los cantales de guijas alisadas.

El santo pide que le abran la ventana. Quiere ver a Somasca antes de morir. Y despedirse en silencio, sin palabras ni gestos, de su gruta bienamada. Sonríe dulcemente.

Y pronuncia dos nombres del alma: Jesús y María. Y queda muerto, con un temblor celestial en su ascético rostro penitente. Su alma había volado. A la Gloria. Para encontrarse en la presencia divina del Dios del Universo.

A JERONIMO EMILIANI  
en su alto Paraíso

Jerónimo Emiliani, que te has ido en una fría madrugada de febrero a los altos caminos del Paraíso, dime, ¿te acuerdas de nosotros, tus amigos de la tierra?

Dime, Jerónimo, ¿ya escuchas tú en el cielo la más divina balada de dulzura sonando persistente a pleacanto bajo una rubia danza de luceros?

Deja caer, Jerónimo, sobre nuestros corazones, tan sólo una minúscula gota de ese celeste rocío que te inunda; de ese rocío dulce como la miel hiblea. Para que así se suavice nuestro trabajo, nuestro amor, nuestro dolor.

Acompáñanos siempre, como ángel tutelar. Y podremos sentir, ceñida a nuestro espíritu, tu sublime aureola trasminando amor y santidad. Sea tu alma, Jerónimo Emiliani, la sombra ejemplar de nuestra alma por todos los caminos de la tierra.

## INDICE

	<i>Página</i>
DOS PALABRAS PARA TI, LECTOR AMIGO ... ..	9
A JERONIMO EMILIANI, con humildad ... ..	11
YO TE SALUDO, JERONIMO EMILIANI ... ..	15

### UN SOMASCO DIVINO

I. Hace quinientos años en Venecia ... ..	19
II. Toda Venecia era una fiesta ... ..	23
III. El niño recién nacido ... ..	25
IV. Aprendiendo amor divino ... ..	27
V. Huérfano ... ..	29
VI. Jerónimo es presentado ante el Dux ... ..	31
VII. Castelnuovo ... ..	35
VIII. Batirse en Castelnuovo ... ..	37
IX. El prisionero de Castelnuovo ... ..	39
X. El instante triunfador ... ..	41
XI. El convertido ... ..	43
XII. En la soledad de Castelnuovo ... ..	45
XIII. Canto de amor al Dios del universo ... ..	47
XIV. Los primeros huérfanos ... ..	49
XV. El Amor Divino ... ..	51
XVI. Testa Sabia ... ..	53

EL SANTO

	<i>Página</i>
XVII. El santo ... ..	59
XVIII. Hambre en Venecia ... ..	61
XIX. Peste en Venecia ... ..	63
XX. El gondolero de los huérfanos abandonados ...	67
XXI. Un pedagogo preventivo ... ..	69
XXII. Un educador ... ..	71
XXIII. Un reformador ... ..	73
XXIV. Un verdadero maestro ... ..	75
XXV. Un dinamista genial ... ..	77
XXVI. Caminando hacia lo alto ... ..	79
XXVII. Peregrino de amor ... ..	81
XXVIII. Los divinos conjurados de Merone ... ..	85
XXIX. El escudo ... ..	89
XXX. Somasca ... ..	93
XXXI. En Milán ... ..	95
XXXII. En Pavía ... ..	97
XXXIII. Las carampanas arrepentidas ... ..	99
XXXIV. Los futuros somascos ... ..	101
XXXV. ¡Qué horrible es la blasfemia! ... ..	103
XXXVI. Los milagros del santo ... ..	105
XXXVII. Tres casas en Somasca ... ..	107
XXXVIII. La gruta de Somasca ... ..	109
XXXIX. Soliloquio en la gruta de Somasca ... ..	111
XL. Las seis cartas del santo ... ..	113
XLI. Retorno a Venecia ... ..	115
XLII. Definitivo retorno a Somasca ... ..	117
XLIII. Preparando el último viaje ... ..	119
XLIV. Epidemia en Somasca ... ..	121
XLV. La muerte ... ..	125
A JERONIMO EMILIANI, en su alto paraíso ... ..	127

delicado canto al mar. Nuestra autora tiene para publicar las siguientes obras: Con el tiempo y el silencio, libro de versos en castellano; Dadín Abelar, libro de poema en prosa, castellano; Playa Sorlinga, libro de versos en castellano; Silvo de vento mareiro, libro de versos en lengua gallega; La morralla, novela corta; Testigo moral, selección de artículos publicados en El Ideal Gallego, de La Coruña; Nueve historias verdaderas, relatos poéticos.

Actualmente, Cristina Amenedo colabora en diversas publicaciones españolas y extranjeras. El Ideal Gallego de La Coruña (Galicia) recoge asiduamente en la sección «Testimonio» los interesantísimos trabajos de esta escritora y poeta. Cristina Amenedo posee una exquisita sensibilidad personal que imprime a su pluma toda la gran delicadeza de una fuerza poética estremecida y penetrante. En el libro que presentamos «Jerónimo Emiliani, un somasco divino», la poetisa gallega hace gala de su personalidad inmensa y sensitiva y nos ofrece un total dominio del ritmo poético, ritmo personal al que ella somete sus bellos poemas en prosa. Jerónimo Emiliani, un somaseo divino, un santo, es tratado por la autora con una desbordante admiración y con una elevación ejemplar. Y todo ello, en un plano natural y humano, si bien remarcando la excepcional figura del santo italiano que, siendo un seglar tan sólo, supo extralimitar heroicamente los límites terrenales y ascender a la cumbre divina.

MORET, editores